**La tarantella del adiós**

###### Santiago Martín Bermúdez

## PERSONAJES

Esta pieza la representan tres actrices y cuatro actores, según el siguiente detalle:

**Angelica** (La Condesa)

**Medoro** (El Comandante)

**El jugador**, interpretrado por una mujer delgada, pequeña y correosa, pero no necesariamente sin encanto. Imagen ambigua, algo inquietante. Esta misma actriz interpretará a un personaje doble que será **El coreógrafo**; éste, a su vez, se convierte en **El juez**. Por último, esta actriz dará vida a un **Profesor** en la escena final. Ninguno de los personajes que interpreta esta actriz tiene nombre.

**Los dos camareros**, o **esbirros**, o **agentes de policía**, que a veces responden a los nombres de **Aldo y Felice**. Estos dos actores interpretan también a **dos animales: un cuervo y un perro**, que hablan, razonan, disputan, ocultan intereses, planean enredos y duran poco. También harán **El centurión**, **El Mendigo** y cualquiera otro personaje que se nos olvide.

**Carla y Giorgio**, los dos jóvenes y bellísimos bailarines, que se metamorfosean en otros personajes de menor relieve, como **La reportera, El cámara y El extraño**.

**La voz** del confesor, personaje de presencia muy reducida que no vemos.

La acción se desarrolla en el palacio y la finca de la Condesa; excepto el prólogo y el epílogo (núms. 1 y 28). Sin decorados definidos, todo se sugiere mediante luces, atrezzo y vestuario.

**PRIMERA PARTE**

**1. Prólogo con secuestro**

*Oscuridad. Suena la tarantella. Apenas percibimos un interior.*

Dos hombres aguardan en la oscuridad. Otro hombre entra en escena e ilumina el interior. La presencia de los otros dos le sorprende y asusta. Los dos hombres están armados. Amenazan al recién llegado. Una escena convencional de film policial.

PRIMERO.- ¡Levante las manos!

MEDORO.- ¡Quiénes son ustedes!

PRIMERO.- Quieto, camarada. No haga ningún movimiento sospechoso.

MEDORO.- ¿Por qué me llaman camarada? ¿Pretenden hacerme creer que son de mi partido?

SEGUNDO.- ¿Partido? ¿De qué partido habla éste?

PRIMERO.- Tú, calla, que yo sé de qué va esto.

MEDORO.- ¿Son ustedes ladrones?

PRIMERO.- Eh, cuidadito con lo que decimos, camarada.

SEGUNDO.- Vamos al grano, que no tenemos toda la tarde.

PRIMERO.- Tienes razón. Queda usted detenido.

MEDORO.- Estoy en mi casa. ¿Tienen orden judicial?

SEGUNDO.- ¿No ha oído a mi colega? ¡Detenido! ¡Está usted detenido!

MEDORO.- ¿Son ustedes de la policía?

PRIMERO.- No.

MEDORO.- ¿Son ustedes gángsters?

SEGUNDO.- No.

*Silencio*.

MEDORO.- ¿Son ustedes de la Democracia Cristiana?

*Silencio. Los dos hombres se miran.*

**2.**

*En la oscuridad, la voz airada de Medoro*.

MEDORO.- ¡Sáquenme de aquí! ¡Esto es un abuso!

*Se ilumina el escenario. Medoro no sabe dónde dirigir su agitada increpación*.

MEDORO.- ¡Esto es una retención ilegal!

*Entra Angelica. Con su cigarrillo, con una boquilla que lo sostiene. Él no la ve. Ella se le queda mirando, a punto de echarse a reír*.

ANGELICA.- ¿Es tan molesto ser mi invitado…?

*Medoro se vuelve, desconcertado*.

MEDORO.- (*Intenta parecer educado, pero no disimula su irritación*.) ¿Es usted quien me ha mandado secuestrar?

ANGELICA.- Deja ya de decir tonterías. ¿Es que no me conoces?

*Medoro comprende de repente quién está frente a él. Su rostro se ilumina, se le anima la voz. Pero al mismo tiempo siente recelo*.

MEDORO.- Eres…

ANGELICA.- No te detengas. Dilo. A ver, quién soy. Puedo dejarte encerrado aquí un día, o dos, hasta que recuerdes quién soy.

MEDORO.- Eres Angelica…

ANGELICA.- Soy Angelica. Y tú eres Medoro. Y estás en mi casa.

MEDORO.- Haberme invitado. No era necesario traerme a la fuerza.

ANGELICA.- No hubieras venido voluntariamente.

MEDORO.- Te equivocas si crees que te guardo rencor por el pasado.

ANGELICA.- No es el rencor. Es la pereza. La indecisión.

MEDORO.- Entonces, esto es tu casa. Tu palacio. Un palacio cargado de antiguallas, como tú y como yo. No, no hubiera venido. Pero si querías verme, podías ir a mi casita, en la playa.

ANGELICA.- No, gracias, Medoro. Ese chalecillo para jubilado sin recursos me hubiera deprimido, y no estoy en edad. Necesito verte aquí, en este palacio, como si tú fueras el conde. Pobre conde, ¿te acuerdas de él? Fue un mal marido y un pésimo amante. Pero su legado merece la pena. ¿Sabes que me ha puesto pleito uno de sus sobrinos?

MEDORO.- Me habrás hecho secuestrar por alguna buena razón.

ANGELICA.- Verás… Tenemos que echar una partida. De cartas. (*Rostro de estupor y de incredulidad de Medoro. Ella sonríe. Esperaba la perplejidad de Medoro*.) Me parece que no entiendes lo que quiero decir.

MEDORO.- Sí, lo entiendo, te aburres y quieres jugar a las cartas conmigo. Pero yo tengo cosas que hacer, Angelica, y no admiten retraso.

ANGELICA.- ¿Por qué mientes? Un jubilado del que nadie se acuerda…

MEDORO.- Para que lo sepas: dentro de quince días doy un discurso.

ANGELICA.- Era lo tuyo. Aunque hayas perdido facultades, no puedes haber olvidado tus discursos a las turbas. Tienes tiempo para jugar conmigo una partida de cartas. No es una partida cualquiera. ¿Entiendes?

**3.**

*Escena en off. Angelica se confiesa.*

ANGELICA.- ¿Por qué me has hecho secuestrar? Eso preguntó.

EL CONFESOR.- La señora Condesa no le habrá dicho…

ANGELICA.- No, padre, no le he dicho nada.

EL CONFESOR.- Dios te lo agradecerá, hija. Ya lo está agradeciendo. A través mío, te impone una penitencia menor por los pecados que acabas de confesar.

ANGELICA.- (*Vacilante*.) Padre… Sin embargo…

EL CONFESOR.- ¿Qué te confunde, hija? ¿Qué te confunde a ti, que representas lo más puro de esta tierra, que has de ir con la cabeza bien alta y confundir a los demás, no ser confundida?

ANGELICA.- Padre… Siento que le utilizo, que le manipulo…

EL CONFESOR.- Vanos escrúpulos. Respeto humano, hija, eso es sólo respeto humano. (*Con un deje de amenaza*.) ¿No te irás a echar atrás?

**4.**

*Sopla el viento. Con furia*.

*Atardecer. Una mesa y tres sillas en medio del campo, cerca del mar. Sentados ante la mesa, Angelica y Medoro Hay una tercera persona. Es el jugador de cartas, interpretado por una mujer. Enjuta, seca, con cierto encanto, en total ambigüedad.*

*La furia del viento. Impasible, el jugador mueve las cartas. Angelica y Medoro se abrigan, sentados en medio de la despiadada intemperie.*

*El jugador deja de mover las cartas. Las ofrece a los otros dos.*

EL JUGADOR.- ¿Quién corta primero…?

### Medoro y Angelica se miran. Les da igual, qué importa…

MEDORO.- Primero la señora, desde luego…

*Angelica sonríe. Corta.*

*El jugador manipula las cartas de nuevo. Lo hace velozmente, con virtuosismo, a la vez que con indiferencia, que se advierte no sólo en su manejo de las cartas, sino también en lo imperturbable que se muestra ante la crudeza del viento. Angelica y Medoro, por el contrario, no disimulan que están poco menos que ateridos.*

MEDORO.- ¿No podíamos haber quedado en otro sitio?

*El jugador no hace caso. Viento. El jugador le ofrece la baraja a Medoro.*

EL JUGADOR.- ¿Le importaría cortar…?

MEDORO.- No entiendo este juego. ¿Hay que cortar dos veces?

*Corta. Viento furioso, pero las cartas se mantienen encima de la mesa. El jugador le señala a Angelica los dos montones. Angelica toma una carta y la muestra.*

EL JUGADOR.- (*A Medoro*.) ¿Lo reconoce?

MEDORO.- A ver… Pues claro. Es el papa Pío XII… pero como sota de espadas.

El jugador invita a Medoro con un gesto para que elija una carta del otro montón. Medoro elige una carta. La mira. Gesto de sorpresa, de embarazo. Los otros le miran. Él se siente obligado a mostrar la carta.

EL JUGADOR.- Señora…

ANGELICA.- No podía ser otra cosa. Es Stalin, pero como caballo de bastos.

EL JUGADOR.- Supongo que conocen este juego.

ANGELICA.- Tengo una ligera idea…

MEDORO.- Yo no, ni siquiera ligera.

EL JUGADOR.- No importa. Excelentísima Señora, cuál es su idea…

ANGELICA.- Hay que jugar, y al mismo tiempo adivinar el futuro.

EL JUGADOR.- No el futuro. Hay que adivinar el pasado.

MEDORO.- El pasado… ¿Y por qué el pasado?

EL JUGADOR.- Porque el pasado es imprevisible.

*Silencio. Medoro y Angelica se miran, mas lo que a ella le resulta divertido a él le parece un despropósito. El jugador reúne la baraja en un solo mazo.*

EL JUGADOR.- (*Ofrece el mazo a ambos*.) Sale la carta más alta.

ANGELICA.- Le cedo mi turno a mi querido amigo.

MEDORO.- Por favor, soy yo quien…

EL JUGADOR.- (*Cortante. Lentamente, cargado de razón*.) Les ruego que se dejen de galanterías. No se puede ceder el turno, eso significa ceder la suerte. Cada cual tiene su turno, el turno que le concede la suerte. La suerte es una, el azar es uno, el destino es uno. El turno es uno. Por eso nadie puede ceder el turno, porque eso es ceder la suerte y el destino, y nadie tiene el destino de nadie, sólo el suyo… (*Muestra las cartas*.) Por favor…

*Angelica y Medoro toman cada uno una carta de la baraja. Las descubren.*

ANGELICA.- Rey de oros.

MEDORO.- Siete de copas.

EL JUGADOR.- Buena señal. Ya han salido los cuatro palos de la baraja.

*Angelica y Medoro, perplejos. De nuevo, ella más sonriente y despreocupada que él.*

EL JUGADOR.- (*A Angelica*.) Excelentísima Señora, el turno es suyo. (*Mueve las cartas. A Medoro*.) Caballero, tiene usted que retirarse. Hasta que sea su turno.

MEDORO.- (*Mira a Angelica, que parece dispuesta a que Medoro esté presente durante ese turno suyo*.) ¿Qué quiere decir…? ¿Irme? ¿Por qué tengo que irme? Yo no he pedido venir aquí, Angelica, te lo recuerdo. Si me voy, me voy del todo. Me marcho a mi casa.

*El jugador, en su impasibilidad, parece preguntarse de dónde ha sido aquel tipo. Señala a Medoro con el brazo y el dedo larguísimos, prolongados. De repente, Medoro se desploma cuan largo es. Sorpresa muy divertida, de Angelica.*

ANGELICA.- (*Reprime la risa*.) A mí no me importa que…

EL JUGADOR.- La suerte se puede compartir, señora, pero no se puede contemplar. Ya le tocará a él.

MEDORO.- (*Intenta incorporarse. Grita, enojado*.) ¡Cómo se atreve!

*Lo intenta, pero no consigue incorporarse.*

ANGELICA.- (*Se levanta. Como si estuviese realmente alarmada*.) Medoro, Medoro… ¿te has hecho daño?

EL JUGADOR.- El caballero está perfectamente. Pero su turno y su suerte, Excelentísima Señora, no pueden esperar demasiado…

ANGELICA.- (*No es necesario que la insistan*.) En tal caso…

MEDORO.- (*En el suelo*.) ¡Estoy dispuesto a largarme…! ¡Aunque sea a rastras! (*Pero no consigue incorporarse*.)

*El jugador reparte cartas a Angelica, que las mira, las pondera.*

EL JUGADOR.- (*A Medoro*.) Su turno, mi comandante.

MEDORO.- ¿Qué se propone…?

EL JUGADOR.- Siéntese, por favor.

*Medoro logra por fin incorporarse. El jugador baraja las cartas.*

EL JUGADOR.- No quiero que se sienta ofendido. Estoy aquí para servirle. Lo mejor será que el reparto de cartas sea simultáneo. Han empezado, pero les falta bastante para terminar. La señora no juega muy bien. Seguro que usted lo hace mejor. (*Medoro le mira con perplejidad*.) Es muy fácil. Yo le doy cinco cartas. Y otras cinco para mí. Yo me expongo, le echo cartas. Usted tiene que matarme. Pero si no me mata, tengo que matarle yo. Si no lo consigue a la primera, será a la segunda o a la tercera. Yo también lo intentaré una y otra vez. Al final, le mato a usted, o usted a mí. ¿Entiende? (*Le reparte cartas. A Angelica*.) ¿Cuáles son las cartas de la señora?

ANGELICA.- No sé cuál echar…

EL JUGADOR.- Piense un poco. No tiene por qué matarme, si no tiene buena carta. Una carta puede ser buena para matar a cierta carta, pero no para otra, aunque parezca más débil. Puede esperar, acumular. Se arriesga a que mate yo antes, pero puede conseguir matar más.

ANGELICA.- Creo que…

EL JUGADOR.- Piense, por favor. A ver, enseñeme. (*Ella muestra una de las cartas*.) Mussolini, pero como caballo de bastos. Vaya, muy interesante.

Es Mussolini. ¿Quién puede matar a Mussolini?

*Angelica simula turbación, timidez, y con enorme coquetería arroja una carta, como si en el propio acto se arrepintiera de hacerlo.*

EL JUGADOR.- Muy bien. La marina aliada. El desembarco en Sicilia. Pero no contaba usted con esto… ¿Los reconoce? Claro que los reconoce. Tres camisas negras bigotudos, con tibias a modo de piratas o de muerte pura y simple. Y aquí una leyenda: Salò. No es una carta muy fuerte, lo reconozco. Pero de momento, detiene su avance. O, si no lo detiene, lo encubrirá.

ANGELICA.- Tengo que robar.

EL JUGADOR.- Aquí no se roba, señora. Puede usted pasar.

ANGELICA.- ¿Y cuando se me acaben las cartas?

EL JUGADOR.- Entonces, le daré nuevas instrucciones.

ANGELICA.- Está bien. Paso.

EL JUGADOR.- Permítame que dude. Seguro que tiene usted una carta. ¿No tiene usted algún siciliano? ¿O algún cura?

ANGELICA.- Ahora que lo dice… Lo que tengo es una con tres sicilianos y tres curas.

EL JUGADOR.- ¿Oros o espadas?

ANGELICA.- Espadas.

EL JUGADOR.- Pues me ha destrozado usted. Como sabe, los mafiosos y los curas se pusieron al servicio del invasor aliado. Los americanos se lo agradecieron siempre, y por eso les hicieron la vida tan fácil en adelante.

ANGELICA.- Eso es discutible, caballero. Pero es sólo un juego. Para ser un juego, me da demasiadas instrucciones. Juega usted en contra suya.

EL JUGADOR.- No tengo más remedio. Las cartas valen lo que valen. Esto no es una lucha. Es una reminiscencia. O una reviviscencia. Al azar de las cartas, pero al dictado de la historia. ¿Me entiende usted?

ANGELICA.- Bastante bien. ¿Qué puede usted oponerme a esta carta con los curas y los… los sicilianos? (*Angelica arroja la carta*.)

EL JUGADOR.- El juego termina demasiado pronto, pero las cosas son así. As de oros. Con la hoz y el martillo. Partido Comunista Italiano.

ANGELICA.- Contra esa, puedo. As de copas. San Pedro del Vaticano.

EL JUGADOR.- No. Esa carta no puede con la mía. Es un empate. Y sin remisión. La mía ya había detenido el juego, y sólo le puede una carta propia. Eso que ellos llamaban una *contradicción interna*. Después de esto, ya no podemos seguir jugando.

ANGELICA.- ¿Ellos…? ¿Quiénes son ellos?

EL JUGADOR.- Ellos… Su amigo. Ahora tiene que seguir usted con él. (*Se vuelve a Medoro. Le enseña cinco cartas*.) No hay que darle vueltas, caballero. El juego está muy igualado.

MEDORO.- Prefiero pensarlo yo solo. Veamos qué pretende oponerme usted. Un as, D’Annunzio. Otro as, Gramsci. Siete de bastos: camisas negras. Siete de oros, Brigadas internacionales. La sota de Bastos, que por lo que veo no es otro que el conde Ciano.

EL JUGADOR.- Me pregunto qué cartas tiene usted.

MEDORO.- Eso nos preguntamos siempre cuando jugamos a las cartas. Ésta no se la espera usted. (*Medoro echa una carta*.) Caballo de espadas: Palmiro Togliatti. Con su hoz y su martillo, su banda, todo lo necesario.

EL JUGADOR.- Tiene mucha lógica. Lástima, ha jugado usted bien. Pero creo que vamos a quedar en tablas. (*Echa una carta*.) Caballo de copas: Alcide De Gasperi, con identificaciones muy parecidas a las de su Togliatti.

MEDORO.- No creí que tuviera usted esa carta.

EL JUGADOR.- Ha sido providencial.

MEDORO.- Sí, un meapilas providencial.

EL JUGADOR.- Un rojo y un meapilas… Nada mejor. Desempatará usted con la Señora.

Relámpago. La escena se ocurece un tanto, no del todo. Cuando regresa la luz normal, ha desaparecido el jugador. Angelica y Medoro, frente a frente, con las cartas. Junto a Angelica, un perro. Junto a Meodor, un cuervo.

EL CUERVO.- (*La voz del jugador, o muy parecida*.) Según parece, ahora juegan ustedes. No para ganar, sino para entablar el verdadero juego. A una sola carta. ¿Entendido?

Medoro se vuelve pasmado hacia el cuervo. Evidentemente, es el mismo cuervo de Ucelacci e uccelini, la película de Pasolini.

EL CUERVO.- No se sorprenda tanto. Usted cree que me asaron y comieron unos frailes pobres, pero no. Soy un intelectual de izquierdas en época de déficit democrático. Estoy a su servicio. Me va a necesitar…

Medoro, asombrado, se vuelve hacia Angelica.

MEDORO.- Ese perro que traes, ¿también habla?

EL PERRO.- (*A Angelica*.) Veo que mi compañero ya está listo. Podremos empezar enseguida.

ANGELICA.- Sí, amigo mío, pero no veo la razón para jugar a la intemperie. Estaremos mejor en mi palacio.

EL PERRO.- Lo que usted diga, Señora. Estoy aquí para servirla y ayudarla en la partida que se avecina.

ANGELICA.- ¡Qué excitante es este juego!

EL PERRO.- Todavía falta lo mejor.

*Rumores de tormenta que se aleja..*

**5**

*Angelica y Medoro se preparan para algo parecido a un festejo. Sus preparativos así parecen indicarlo: elegancia, joyas, maquillaje, glamour crepuscular… Cada uno, en su habitación, con su mascota y frente a su propio espejo. Medoro, ante su perplejidad, y con el vestuario que tienen a bien prestarle. Angelica, ante la comezón de la curiosidad, “con sus mejores galas”*.

ANGELICA.- Que lleven las bebidas a la biblioteca. Que comprueben si el comandante está listo.

EL PERRO.- Me parece que sé quién es ese cuervo. (*Silencio*.) O mucho me equivoco, o es Luigi Longo. Un avatar de Longo, quiero decir. Sus muchos pecados le han hecho descender en la escala animal. Era un stalinista. Se habrá puesto al día, pero es él.

ANGELICA.- ¿Cómo puedes estar tan seguro?

EL PERRO.- Es mi olfato.

ANGELICA.- ¿Olfato de perro?

EL PERRO.- Olfato de cardenal que mereció ascender a perro.

ANGELICA.- Así que es un ascenso. ¿Quién eras? ¿Ratzinger?

EL PERRO.- No, ese todavía da guerra por ahí. Y, si no me equivoco, va a tener que pasar por el estadio de saltamontes en el desierto. Tal vez tenga el honor de que se lo coma San Juan Bautista. De ahí, tendrá que trepar poco a poco. Será largo, pero no demasiado difícil para él. Yo soy alguien del pasado, como Longo. Pero puesto al día.

ANGELICA.- ¿No me vas a decir tu nombre?

EL PERRO.- Ahora me llamo Templario, porque tú lo has querido así. Pero en mis tiempos de cardenal me llamaba Cicognani.

ANGELICA.- (*Burlona, sin dejar de maquillarse*.) ¡Eminencia…!

EL PERRO.- La vieja lucha no ha terminado. Esos comunistas son capaces de todo. No se fíe de su viejo amigo Medoro. Es viejo, pero no amigo.

ANGELICA.- Va a ser una partida apasionante.

EL PERRO.- Ni usted ni ese comunista ganarán la partida. La partida será para ver qué baza jugarán en los próximos días. Eso sí será una partida.

MEDORO.- (*Ante el espejo, como Angelica. Pero más indeciso. Y enojado*.) Camaradas…

EL CUERVO.- ¡No! Esa palabra no se puede pronunciar ya. ¡Camarada!

MEDORO.- Estoy anticuado, ¿no?

EL CUERVO.- No te lo tomes a mal. Son actos reflejos. No se puede cambiar de terminología así como así.

MEDORO.- Creo que el discurso va ser un desastre.

EL CUERVO.- No intentes encenderlos. Les hablas de las injusticias que hay, de la plutocracia, de la corrupción. Te lo sabes de sobra.

MEDORO.- Quiero largarme de aquí. Me trajeron a la fuerza.

EL CUERVO.- No deberías exagerar. Esto es un caso más banal de lo que parece. Parece que se están agitando las contradicciones, pero no es eso.

MEDORO.- Amigo, estás tan confuso como yo. No sabes ni quién soy.

EL CUERVO.- Eres Medoro Rinelli, héroe de los partisanos. En la Romania, de los más destacados. Dos veces herido, dos veces condecorado. Una de las ciudades que liberaste del fascio fue Castello di Fabbia. Allí conociste a Angelica Monreale, la bellísima, la musa de los eclesiásticos de Castello. Llegaste a tiempo. Iba a beneficiársela el obispo.

MEDORO.- ¿Tendría que echarme a llorar por esos recuerdos o por tu capacidad de acumular información?

EL CUERVO.- Los recuerdos son cosa tuya. La información es cosa de la organización. La información la acumulan las grandes organizaciones: los comunistas, la mafia, la iglesia católica… Las maneras de procesarla son muy distintas. Los de la mafia se fían de la intuición, y a veces cometen errores. No tanto de personas como de perspectivas.

MEDORO.- ¡Maldita sea! ¡Me he manchado!

EL CUERVO.- Vas a tener que elegir otra corbata.

MEDORO.- ¿Los de la iglesia no cometen errores de perspectiva?

EL CUERVO.- Ya lo creo. Pero no tantos como nosotros.

MEDORO.- ¿Nosotros…?

EL CUERVO.- Los comunistas, quiero decir.

MEDORO.- No me digas que eres un cuervo autocrítico.

EL CUERVO.- Lo de ser cuervo es accidental. Ya te dije que soy un intelectual de izquierdas. Y eso incluye la carga autocrítica. En especial en tiempos de retroceso democrático y pautas postmodernas.

MEDORO.- Ya has dicho dos veces eso del retroceso.

EL CUERVO.- ¡Ésa!

MEDORO.- (*Señalando una corbata entre otras*.) ¿Ésta?

EL CUERVO.- Sí.

MEDORO.- (*Elige otra. Con menosprecio*.) Espero que tengas mejor gusto para analizar la etapa superior del capitalismo que para elegir corbatas.

**6**

*Angelica y Medoro, de pie ante una gran mesa. Baraja, botella, vasos. Medoro comprueba las cartas*.

MEDORO.- Mi cuervo dice que es un intelectual de izquierdas. ¿Qué es el tuyo? ¿Un ideólogo de la derecha?

ANGELICA.- Asegura que fue cardenal.

MEDORO.- ¿Cardenal camarlengo?

ANGELICA.- Probablemente. ¿Y el tuyo? ¿Es cierto que es Luigi Longo?

MEDORO.- No creo que llegue a tanto. Debió de estar cerca del aparato, y acabó desengañado.

ANGELICA.- Eso pasa siempre en tu partido.

MEDORO.- En cambio, en el tuyo, todo es devoción y certidumbre. La Santísima Trinidad. Dios, el diablo y la banca se dividen el trabajo. ¿Es cierto que la banca era el intermediario entre Dios y el diablo?

ANGELICA.- Siempre equivocáis el análisis. Es el diablo el que media entre Dios y la banca.

MEDORO.- ¿Y cómo lo hace? No me lo digas. Le dice a Dios: mira estas stock options, serán tuyas si de hinojos me adorares.

ANGELICA.- Como todos los ignorantes, confundes a Cristo con Dios. Necesitas imaginar a un hippi con barba. Bebe de esto, está buenísimo.

MEDORO.- Espero que no tengas el mal gusto de poner venenos que hagan sufrir. Como todo el mundo, aspiro a una muerte dulce. (*Bebe. Extrae una carta*.) ¡Mira!

ANGELICA.- ¡Cristo bendito!

MEDORO.- En efecto. La imagen habitual de Cristo. Un hombre en su primera madurez, con barba y melena muy morenas. La imagen siria que se impuso entre los cristianos varios siglos después de la tragedia del Gólgota, la imagen de estampita y de película edificante.

ANGELICA.- ¡Es milagroso!

MEDORO.- Lo milagroso es que no mande todo esto a hacer puñetas y me largue a casa.

ANGELICA.- ¿Quién te dice que puedas hacerlo…? Antes de terminar la partida, digo…

MEDORO.- La verdad es que no me importa. ¿Empieza esa partida?

ANGELICA.- Miras las cartas, no pienses que hacemos trampas.

MEDORO.- Y qué me importa. Tú misma eres una trampa viva.

ANGELICA.- (*Se enardece*.) Soy una tramposa, eh, dilo.

MEDORO.- Después de tanto tiempo creo que tengo derecho a decirlo sin que te subas por las paredes. (*Con “suma delicadeza”*.) Eres una tramposa, siempre lo fuiste. Era tu vocación.

*Se miran con encono. Pero no dura demasiado. Tienen que esforzarse por no reír*.

ANGELICA.- (*Se ha calmado. Se diría que hasta se ha enternecido*.) Medoro, me indignas, pero en el fondo me caes bien. Además, estoy convencida de que yo te gusto más que Berlusconi.

MEDORO.- No estoy en edad de elegir pareja, pero no estoy dispuesto a caer tan bajo. Contigo me llevaba mal, pero podíamos haber hecho locuras.

ANGELICA.- Tú y yo estuvimos a punto de tener un compromiso histórico. Lástima que…

*De repente, Medoro divisa algo. Se descompone. Señala hacia un punto*.

MEDORO.- ¡Ese! ¡Qué hace ése ahí puesto…!

*Angelica se vuelve. No entiende. Medoro va presuroso, indignado, hacia un pequeño cuadro que ha señalado y que estaba a espaldas de Angelica. Ésta, llena de curiosidad, pero muy tranquila y hasta algo chusca, se vuelve hacia aquel punto y sigue a Medoro*.

MEDORO.- (*Sublevado*.) Esto lo dice todo!¡Ése es Andreotti! (*Ella ríe*.) ¡Ríe, payasa!

ANGELICA.- (*Señala otro retrato*.) También tengo este otro…

MEDORO.- ¡Aldo Moro!

ANGELICA.- Este te gusta más, ¿verdad que sí?

MEDORO.- Lo digo y lo repito. Una cuidadosa división de trabajo. No me extrañaría que tuvieras fotografías de todos los miembros de la Logia II.

ANGELICA.- También tengo una foto de Berlinguer, ¿quieres verla?

MEDORO.- Angelica, siempre has sido una hereje.

ANGELICA.- No. ¿Qué habría sido de la iglesia católica italiana si no hubiera sido por los comunistas cristianos? No todos eran tan cerrados como tú, el partisano comecuras.

MEDORO.- En un país como éste nunca se come uno bastantes curas. Son los curas los que acaban comiéndote a ti.

ANGELICA.- Vamos a jugar ahí fuera. Que nos dé un poco el fresco.

MEDORO.- El fresco, sí. Este palacio es asfixiante, se te cae encima…

ANGELICA.- Eres un envidioso.

**7**

*Disminuye la luz. En off, nueva escena de confesionario.*

ANGELICA.- (*Off*.) Ave Maria purísima.

CONFESOR.- (*Off*.) Sin pecado concebida.

ANGELICA.- (*Off*.) Padre, creo que lo he aprendido. Ya me lo sé de memoria.

CONFESOR.- (*Off*.) Recítalo, hija mía.

ANGELICA.- (*Off*.) (*Vacila, como una mala alumna, de las antiguas, que intentase recordar la lección*.) Medoro, el comandante, tiene que decir lo siguiente, a ser posible con gesto compungido, o, por lo menos, con algo de humildad. Tiene que decir: “Yo renuncio al marxismo, a sus pompas y a sus obras…” (*Se detiene. No sabe seguir*.)

CONFESOR.- (*Off*.) Continúa, hija mía, ¿por qué te detienes?

ANGELICA.- (*Off*.) (*Repite, como buscando carrerilla*.) “Yo renuncio al marxismo, a sus pompas y a sus obras…” (*Se detiene. Decididamente, no se lo ha aprendido*.) Lo siento, padre, nunca fui buena estudiante…

CONFESOR.- (*Off*.) No importa, hija. Lo que importa es que se te ve buena voluntad.